

## CONFERENCIAS

CONFERENCIAS DADAS POR EL PROFESOR DOCTOR SILVIO LOFRUSCIO EN LA FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS, EN CONMEMORACIÓN DEL PROFESOR EDMUNDO LANDOLT Y CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS FACTORES ESENCIALES EN LA VIDA NORMAL Y PATOLÓGICA.

### Edmundo Landolt

Señores: Como una esfinge egipcia, como una radiante diosa, como una perfumada flor, nuestra Ciencia, conquista los pensamientos, embriaga el alma, enciende en los corazones pasiones gigantes y en los cerebros lampazos geniales.

Ella nos sugestiona y nos conforta, porque tiene sus horas soberbias y sus episodios trágicos... horas de triunfo y de embriaguez... momentos de amargura y de desolación...

El que no se identifica con sus fatigas, sus emociones y sus angustias... no podrá comprenderla y menos adorarla.

Ella es bella, grande y noble, porque si es sempiterna fuente de emociones violentas, a veces atroces, ella es también inspiradora de sentimientos humanitarios, de sagrados ideales fuente de satisfacciones profundas y de nobles goces...

Nosotros la amamos siempre más, los que ejerciendo la misión magnífica y fecunda, no conocemos un solo momento de quietud moral, para mitigar las miserias de la humanidad.

Por eso veneramos a los sabios que guiaron nuestros primeros pasos... y por eso en este acto solemne, vamos a conmemorar al que fue profesor Edmun-

do Landolt, Maestro de Maestros, prototipo de la ciencia, de energía moral, de bondad, de piedad inmensa para los débiles y los infelices.

Mis palabras llevan las vibraciones de mi profunda gratitud y de mi triste satisfacción, al evocar, en este momento, a uno de los más ilustres benefactores de la humanidad.

Edmundo Landolt nació en Aarau (Suiza) en el año 1846. Inició sus estudios en Suiza, fue asistente de Horner cuando la guerra franco-prusiana de 1870. Terminada la guerra, emprendió un largo viaje de estudios a los Estados Unidos de América y por Europa. Fue alumno de Sichel, de Desmarres, de Helmholtz, de Knapp, de Graefe, de Arlt, sobre todo de Snellen, con quien demoró un año para preparar el volumen que publicaron en colaboración en la ENCICLOPEDIA de Graefe Soemisch sobre los «Métodos de EXPLORACIÓN DE LOS OJOS».

Fue durante cincuenta años, el eje, el foco, el factor por excelencia de la ciencia Oftalmológica Francesa. Instalado en su famosa clínica de la rue Saint-Andrés-des-Arts, en la que tuvo la dicha de colaborar durante dos años, curó a más de 150.000 enfermos. Formó legiones de Oftalmólogos, y supo captarse la simpatía de cuantos tuvimos el honor de conocerle, porque Landolt a más de su Ciencia, poseía un espíritu «de élite», era un artista delicado de la ironía, y un amable «causeur». En sus horas de descanso en su regia mansión, gustaba referirnos los recuerdos de su carrera tan brillante, como accidentada y fecunda. Nos decía: «Viendo operar a un oculista en Norte América, que pretendía ser un prestidigitador, operando solo con el bisturí, le dije: estoy admirado de ver la habilidad con que Vd. vence las dificultades que Ud. mismo se crea.»

Esta fina espiritualidad, su distinción natural, la amenidad de su charla en el trato social, unidos a

su severo espíritu científico, a su sagacidad clínica y a su rica y profunda experiencia, hacían de él, el consultor obligado en todos los casos oscuros o difíciles.

Con la constante y perseverante virtud del trabajo, publicó, en colaboración con el profesor de Wecher, el muy conocido y notable «Tratado de enfermedades de los ojos».

Fundó los Archivos de oftalmología junto con el profesor Panás, y publicó centenares de monografías de excepcional importancia.

Landolt ha sido un innovador en casi todos los dominios de la oftalmología, principalmente en los capítulos que por ser más oscuros y difíciles necesitaban más aclaraciones—planteó y resolvió intrincados problemas de óptica y de fisiología: ¿Quién no conoce su optotipo, que fue aceptado en el Congreso oftalmológico de Nápoles, y que es universalmente adoptado, «anneaux de Landolt?»

Su robusta personalidad científica reposa sobre un trípode incommovible, sostenido por tres órdenes de trabajos: los Métodos de medida de la agudeza visual; el estudio de los movimientos oculares y de la visión binocular en condición normal y patológica; el perfeccionamiento de los instrumentos de cirugía ocular. Y cuántos aparatos no llevan su nombre!!

Fue el más ferviente abogado del avanzamiento muscular. Mediante él, en el tratamiento quirúrgico del estrabismo, se ha casi abandonado la tenotomía, causa de insuficiencia en la función de convergencia.

Solía decirnos: «He sido el primero en explicar la importancia de la convergencia como función especial.»

Landolt pertenece a la categoría de los ilustres oftalmólogos que, como Helmholtz, Sichel, Horner, Kuapp, Arlt, von Graefe, Donders, Snellen, De Vicentis, Bowman, Javal, de Wecker, Fuchs, han contri-

buido al progreso real de la oftalmología, colocándola en lugar preeminente entre las especialidades de la Medicina.

Murió a los 79 años (1926), habiendo conservado, como dijera magistralmente el profesor de Laperonne en su sentida alocución fúnebre: «un vigor intelectual y físico; una alta conciencia del deber que le habían colocado entre los primeros oftalmólogos franceses.»

Fue astro de primera magnitud, que inspiraba fé absoluta, por sus cincuenta años de esfuerzos, de energía, de luchas y de triunfos!...

Si en el rostro del profesor Landolt no se exteriorizaban sus grandes virtudes y su potente energía, se reflejaba en cambio, su exquisita bondad, la nobleza de su alma... Su don de gentes hacía de él un amigo deseado; su continuo «bonheur» daba la sensación de una bella serenidad juvenil, que oxigenaba su prodigioso talento.

Los que fuimos sus alumnos podemos decir, que no tuvimos otro Maestro que fuera tan genial, más generoso y paciente que él en la enseñanza y en sus amables causerías. En los Congresos nunca dejó de intervenir con su lógica de hierro, cuyos corolarios parecían axiomas.

Todos sentíamos hacia él una agradable atracción, y le profesábamos ferviente devoción, henchida por el entusiasmo de aprender, por la admiración a la Ciencia, y sobre todo por sentimiento de gratitud para el hombre noble, que espontánea y desinteresadamente nos descubría todos los secretos de su sabiduría.

Fue un gran Maestro, matemático en el diagnóstico, elegante artista en sus operaciones... A todo esto unía el más tierno corazón de niño...

Landolt fue un iluminado... su luz radiante no reconoció fronteras!... por eso, al apagarse en su

noche suprema, deja en la Ciencia Oftalmológica Universal una sombra irreparable. Nuestro sincero pesar se alivia cuando pensamos que el Maestro entra, por derecho propio, en la inmortalidad.

Señores: Os invito a ponerlos de pié, en homenaje a su memoria, y para brindar en silencio el más puro y noble pensamiento de veneración, a ese grado de la Ciencia, Edmundo Landolt.

### Consideraciones sobre algunos factores esenciales en la vida Normal y Patológica

Como un elemento imprescindible, como un mito oriental, la luz se identifica con la vida; no se concibe una reacción bioquímica que produzca un fenómeno vital, sin la intervención de la luz)...

Las plantas, los animales, el ser humano, viven inmersos en el infinito océano luminoso que todo envuelve.

En el libro de la génesis, como en todas las cosmogonías, la luz precede a la creación y a toda vida humana y divina.

A la luz el niño lanza su primer grito, hacia ella se dirige el tierno arbusto que surge del prodigio de la semilla; en la luz vivimos; mediante ella es posible nuestra vida; en la obscuridad y sin calor (el calor no es sino una forma particular de la luz) la vida sería imposible en el mundo.

Cualquiera de nuestros alimentos resulta de una partícula de energía solar que, en el curso de fenómenos de síntesis y de transformaciones, se muda en hidratos de carbono; cada una de las actividades cerebrales, sea la más genial instrucción teórica, sea la más elevada síntesis estética, es una parte de luz que, transformada en calor y en materia, viene transformada a nuestro cerebro para nutrirlo.

La luz, sea como la entienden actualmente los

físicos: «una perturbación propagada a lo largo de las líneas de Faraday»—sea, como la interpretaban los antiguos: «foco de energía radiante que se expande en el éter»—queda, a través de las discusiones e hipótesis, el sumo factor de cada manifestación de la vida. La luz hace sentir su energía sobre la segmentación, sobre el desarrollo del huevo y de los embriones, sobre la respiración, sobre la circulación, preside a la formación de los pigmentos. Nuestra fuerza muscular medida con el dinamómetro aumenta bajo la acción de la luz solar, la ideación más rápida y más completa en los videntes que en los ciegos.

El ritmo vital se acelera a la luz del día, se vuelve lento en la noche, cada aurora es un renacer en el mundo de los animales y de las plantas, toda una sinfonía rosada y perfumada se eleva de la naturaleza al caer sobre ella el primer rayo de Sol, que fecunda y regenera. La hora meridiana es la del movimiento y de la alegría irrefrerable, la hora del crepúsculo con las primeras sombras coloreadas de violeta nos invita a sentimientos nostálgicos y tranquilos. Todo parece renacer bajo la lluvia de los rayos solares—en la obscuridad de la noche todo calla, y en su infinito silencio pareciera que la vida se suspende—es la quietud, es el reposo. Meditando en la obscuridad a veces pensamos en la muerte!... jamás pensé en ella en plena luz, que es vida dinámica y alegre...

El ser humano encuentra en el Sol su natural defensa contra las enfermedades, de tarde y de noche la fiebre es casi siempre más elevada!... En la luz se efectúan los fenómenos de la vida, que se exaltan cuando la inmensa fuerza electro-magnética proveniente del Sol, envuelve más de cerca, de manera casi continua a los organismos animales y vegetales.

En los abismos de los océanos, a medida que falta luz, la vida orgánica disminuye, desaparece. Para las

síntesis vitales y para el desarrollo de los seres no es suficiente la pequeña y fría luz proveniente de la flora fosforescente (bacterios fotógenos)—falta la fuerza electromagnética de la luz, con su pesada energía, que inicia y completa el prodigio de la vida orgánica.

Con la mirada fija hacia la luz, que es vida y aliciente del ser, los artistas de todos los tiempos construyeron muy alto las cúpulas de los templos y las columnas votivas. En un obelisco que adorna la plaza de San Juan en Laterano de Roma, se lee un himno al Sol:

Re Sole, riparatore delle terre,  
Donatore della vita;  
Signore del cielo.

Todo ser tiende a conservar su equilibrio dinámico y químico-físico: es una propiedad esencial del mundo inorgánico y orgánico alejar todas las causas que pueden producir desintegración, y buscar en vez todo aquello que, integrando la vida, no altera la estructura de los sistemas.

En el mundo físico, la inercia se puede considerar como el punto muerto.

En el mundo de los seres vivientes, el placer, es la ley ineludible que regula al individuo en las manifestaciones de su cuerpo y de su conciencia.

La doctrina vitalista, la ontología de ciertos filósofos, ha terminado por ceder plaza al mecanismo (doctrina positivista) que tiende a explicar los fenómenos biológicos de acuerdo a leyes físico-químicas.

Actualmente, el ser humano debe ser considerado, en su esencia y en sus diversas actividades, como la última fase de un progreso realizado en una cierta dirección y bajo estímulos variables externos e internos, en virtud de un conjunto de elementos simples del mundo inorgánico, reunidos entre ellos por una afinidad química, una cohesión o adhesión física, un equilibrio en el potencial eléctrico. La materia y la forma

no son consecuencias antitéticas o polos opuestos del ser. En el tiempo y en el espacio, representan un estado constante, por el que el mundo inorgánico se transforma en el orgánico a través de síntesis y se transformaciones.

Si remontamos a los orígenes de los fenómenos de la vida, sean que se desarrollen en los campos de la fisiología, o en los de la patología, siempre se verifican como consecuencias de leyes constantes y simples.

La tensión superficial, la concentración molecular, la viscosidad y la crioscopia son comunes a las soluciones moleculares. La viscosidad y la crioscopia son comunes a las soluciones contenidas en un vaso como a los líquidos orgánicos contenidos en nuestros vasos sanguíneos y en la cavidad de nuestros órganos. La dinámica del corazón no difiere de la de una bomba que automáticamente regula su función en el juego complejo de sus válvulas.

Las emociones se reducen a las formas y aspectos de estados orgánicos dependientes, se supone, de una variable concentración de iones o de una tensión electrotónica diferente. El placer se identifica con la función normal de la vida, el dolor reside en la falta de equilibrio entre la excitación, el estímulo y la reacción entre el sujeto y el mundo exterior. La estética de las formas resulta de armonía, de proporciones del ritmo, propiedades todas conexas a las funciones simples de la vida que un ideal pretende, procurando darse razón a sí misma.

Ninguna diferencia substancial existe entre un protoplasma viviente, por ejemplo, la retina que se vuelve ácida a la luz, y una sal de plata que se ennegrece a los rayos luminosos. La luz roja actúa, como la obscuridad, tanto sobre la retina como sobre las mezclas de bromuro de plata sin provocar ninguna clase de modificación químico-física.

La humedad del suelo y del aire atmosférico in-



fluyen sobre el estado de tensión y sobre el metabolismo del sistema nervioso, como también el paso de las ondas hertzianas. El hombre es también sensible al estado de la atmósfera del Sol, porque ésta influye sobre la atmósfera terrestre. El poeta Leopardi fue talmente sensible a los estados de la atmósfera que sufría de una hiperestesia meteórica rebelde, que le hacía odiar todos los climas de Italia. Moreux ha constatado que los niños son más excitables en los períodos en que el Sol es más tempestuoso, es decir durante las fases de gran actividad, que coinciden con el paso de las manchas solares en el meridiano central. Estas manchas, fáculas y protuberancias están ligadas a la existencia de tempestades formidables, en la atmósfera del Sol, en las que la electricidad tendría un rol considerable, esto supuesto, las ondas del Sol ejercen también sobre nuestros aparatos una influencia bajo forma de desviación magnética.

En las variaciones de los procesos vitales, del organismo humano normal o patológico, las condiciones telúricas y meteorológicas, desempeñan un papel preponderante.

El estado de manchas, fáculas y protuberancias solares coincide habitualmente con una recrudescencia constatable en los síntomas de las enfermedades crónicas (Sardou, Faure). Es sabido que la sensibilidad meteórica del hombre, está también en relación con la propiedad del tejido conjuntivo, más higroscópico que los otros tejidos.

La materia, bajo diferentes formas, reacciona de la misma manera a los estímulos; el oxígeno es necesario a la vida del hombre como a la vida de un motor cualquiera.

La misma influencia se multiplica, el sonido, cualquiera sea el estimulante de las sensaciones del oído, influye igualmente sobre el tiempo de percepción de las imágenes visibles.

Los mismos elementos se hallan en las rocas de la tierra y en los astros del firmamento; un mismo cuerpo, el hidrógeno, arde y brilla en el Sol unido al oxígeno, forma el agua del torrente impetuoso o del lago cristalino; con el oxígeno y el carbono, constituye sinnúmero de cuerpos orgánicos: el almidón, el corcho, el azúcar o el aceite; con los dos elementos anteriores más el nitrógeno y el fósforo pueden formar el elemento de la substancia cerebral, la célula nerviosa.

La actividad, la energía de la materia, depende de la movilidad electro-iónica; ésta con el continuo renovar, produce formas nuevas, composiciones y descomposiciones sucesivas.

Así se explica que nada permanece inerte en la naturaleza; todo se modifica y se cambia, desde el mineral más refractario a la acción de los agentes que le rodean, hasta el organismo de los animales superiores, que tienen transitoria existencia. Es continua la transformación: unas formas se destruyen y otras se engendran.

Una bellísima idea del trasformismo de la naturaleza nos la da el profundo observador Giordano Bruno--dice así:

«De lo que es semilla se hace yerba; de lo que es yerba se hace espiga; de lo que es espiga se hace pan; del pan, quilo; del quilo, sangre; de la sangre, semen; del semen, embrión; del embrión, hombre; del hombre, cadáver; del cadáver, tierra; de la tierra, piedra u otra cosa; y así se llega a todas las formas naturales.»

Todos sabemos que las substancias absorbidas sufren distintas metamorfosis antes de entrar a formar parte integrante del protoplasma. Entre las substancias de entrada y de salida, se encuentra toda una serie de productos intermedios; pero de tal cadena conocemos bien solo el primero y último eslabón, los inter-

medios nos son casi desconocidos. De esta suerte, sabemos lo que entra en el cuerpo de un animal, como alimentos (agua, sales, hidratos de carbono, grasas y albuminoides); sabemos también lo que de él sale: (agua, sales, ácido carbónico y diferentes productos nitrogenados, incompletamente oxidados, tales como urea y ácido úrico); pero los términos intermedios los ignoramos en su inmensa mayoría, constituyendo el bioquimismo celular un verdadero misterio.

Todo cuanto podemos decir, es que, el proceso nutritivo consiste esencialmente en una OXIDACION, en una combustión de los alimentos con desprendimiento de calor y de fuerza viva.

Podríamos decir también que, la vida es la síntesis de la constante transformación de la materia; no es una creación protoplasmática, sino la transformación continuativa que el protoplasma ejerce sobre la energía procedente del mundo exterior. Y que la gran ley de la conservación de la energía, formulada por R. Meyer y Helmholtz, es general en absoluto y es aplicable tanto a los seres vivos como a los cuerpos inertes, siendo fundamental tanto para los fenómenos fisiológicos como para los físicos. Ley de la conservación de la energía. En la naturaleza nada se crea ni nada se pierde, ni en materia ni en energía; la cantidad de materia y de energía en ella existente es invariable; si cierta cantidad de energía parece destruída a veces, en realidad no es así, solo se transforma.

Ya que no hay dualismo ni antítesis entre la materia y la forma, entre el ser y sus manifestaciones, es necesario considerar la enfermedad no como algo imprevisto, si bien como el epi-fenómeno de la materia, que ab-initio lleva en sí y en su íntima constitución, los elementos de su futura enfermedad.

Los venenos, los bacterios, las variaciones climáticas o telúricas no son sino momentos catalíti-

cos, capaces de acelerar y de avivar una consecuencia.

Cada ser humano lleva en sus actividades psíquicas su propio destino y su propia conducta moral, y lleva en sus órganos mismos y en su individualidad químico-física, su enfermedad y su muerte.

No todos admiten la herencia psicológica, no sucede lo mismo para la herencia somática y mórbida, que se descubre con un exámen simple y superficial.

Hay razas, linajes, familias, que pueden padecer una misma enfermedad y tener idéntico fin. La reacción de un organismo a un determinado estímulo depende de su historia.

La patología ocular libre de los estrechos límites de la especialidad y del apriorismo-intuitivo, entra en la biología y en la patología general. En consecuencia, la enfermedad ocular está ligada a la constitución viva del individuo, que lleva en su textura las faltas de la herencia y las desviaciones adquiridas en el ambiente material y social, y en su constitución físico-química.

El linfatismo, la escrófula, la diátesis exsudativa de la infancia, tienen sus manifestaciones oculares: querato-conjuntivitis herpética, tracoma, conjuntivitis folicular.

En efecto, en el equilibrio interhormónico, una desviación, aún no patológica, del metabolismo químico en los hormones, contiene un efecto que, caso por caso, corresponde a un estado general y a un carácter. Por ejemplo; en la miopía de grado elevado se constata en el afectado frecuentes flogosis vasculares en el ojo, en relación con un aumento tónico del sistema sacral parasimpático, se observa también frecuentemente hiperacidez con aumento de ácido úrico, mioastenia intestinal, disminución del metabolismo y un psiquismo con tendencia a la prudencia, a la medida. Estos míopes son ordinariamente analíticos y precisos, caminan posadamente, son serios, tienen los signos evidentes de un carácter vagotónico.

Si la crisis de la pubertad del hombre y las menstruaciones de la mujer, no se realizan con regularidad, si por lo menos no se efectúan con la armonía y el equilibrio necesarios al ritmo vital, no es raro observar entonces trastornos de la refracción y lesiones anatómicas oculares, enfermedades oftálmicas, cuya etiología residen en los desórdenes expresados conjuntivitis primaveral, diversos casos de hemorragia recidivante en el cuerpo vítreo, muchos casos de edemas de la papila y de la retina.

El artrismo, la gota, la diabetes, expresiones de una vagotonía constitucional con hiperacidez de los humores orgánicos, se manifiestan en el órgano de la visión, como: escleritis, iritis, retinitis, parálisis musculares.

La catarata en su variedad cortical es propia de los adultos, y cuando ella no es sintomática de los diferentes estados ácidos del organismo (gota, uricemia, diabetes), es a veces debida a un estado especial de senilidad del epitelio ciliar que, modificado en su íntima estructura, permite el paso de sustancias nocivas para la composición química, y a la estructura física del cristalino,

En clínica vemos pasar, sin prestar atención a la etiología, diversas formas conocidas de cataratas juveniles, generalmente monoculares; ellas se observan en ciertos tipos de enfermos que, sometidos a una minuciosa y atenta observación, descubren signos constitucionales en relación con trastornos del vasto sistema endocrino (síntoma de disfunción de la glándula paratiroide). A una cierta época de la vida femenina, al comienzo de la menopausa, aparecen en algunas mujeres diversos síndromes de hiperfunción de un grupo determinado de glándulas endócrinas, y con estas alteraciones del equilibrio orgánico se han observado casos de uveitis crónica a decurso progresivo y lento. En estas uveitis, la terapéutica mercurial o

iodica no dan resultado, pero con los extractos glandulares, que repone y corrige el equilibrio endocrino, se obtienen mejorías y sucesos curativos otras veces inesperados. El tracoma, con las nuevas investigaciones, clinicas y biológicas, no debe ser considerado como una simple entidad nosológica, si bien como una individualidad clínica, que varía de un sujeto a otro; el tracoma de un individuo, o de una familia, o de una raza, se comporta diferentemente según la constitución individual, y según los factores hereditarios, de ambiente, y las posibilidades de infección.

Axenfeld escribe con mucho acierto, a propósito del tratamiento del tracoma «En la cura del tracoma hay que individualizar siempre».

Cada conjuntivitis, sea micróbica, sea irritativa, puede, en los individuos predispuestos, engendrar un estado de reacción de la mucosa conjuntival caracterizado por la hiperplasia de las papilas, por la hipertrofia de los folículos, y por la neoformación de granulaciones. Las variedades clinicas del tracoma, se explican por la existencia de constituciones diferentes en relación con la raza, con la edad, la profesión, el ambiente, y deben ser consideradas como el resultado de factores climáticos, telúricos, higiénicos, alimenticios, sociales y económicos.

En clínica, buscamos con mucha frecuencia las causas de las enfermedades oculares, en lo que nos parece más exacto y próximo, pero estas causas son, a mi manera de ver, en la mayoría de los casos, momentos patogenéticos y no etiológicos, porque la etiología de muchas alteraciones y enfermedades debe ser buscada en la individualidad orgánica, que tiene sus orgasmos y sus abatimientos cuando está alterado el ritmo vital, y en cada caso la sintomatología será diferente, ya que los procesos vitales están íntimamente ligados al metabolismo orgánico.

No es, pues, posible reducir la terapéutica especial,

a las manifestaciones locales, sin ver su unión con las modificaciones biológicas y desconocer el rol del sistema nervioso y su manera de reaccionar.

Más se avanza en el conocimiento de los fenómenos biológicos, y más considerable aparece la parte primordial del sistema nervioso. El estudio de los nervios craneales, por ejemplo, interesa más al oftalmólogo y al oto-rino-laringólogo, que al neurologista puro. Nosotros estamos más entrenados para observar las manifestaciones patológicas debidas a trastornos funcionales, o a lesiones anatómicas de dichos nervios. En realidad, a nadie más que al oculista interesa los centros y los trayectos periféricos, la fisiología normal y patológica de los nervios craneales: óptico, motor ocular común, patético, trigémino, motor ocular externo y facial. Así también al oto-rino-laringólogo interesa, u. olfatorio, el trigémino, el facial, el auditivo, el glososfariageo el neumogástrico, el espinal y a veces el hipoglóso mayor. De muchos de estos nervios se han hecho estudios importantes desde el punto de vista patológico. Hay un nervio, el neumogástrico, cuya función es de una importancia extraordinaria, ya que se puede decir que no hay un punto del aparato visceral y glandular de las vías respiratorias y digestivas que escape a su inervación, sin embargo sorprende la pobreza de nuestros conocimientos sobre la patología de este nervio. En ningún tratado leemos algo sobre la alteración de la sensibilidad orgánica dependiente del X par. La patología del vago representa un inmenso campo virgen y fértil para los estudios etiológicos de múltiples estados morbosos.

En cambio, cuánto no se ha escrito en enormes tratados sobre la patología del simpático, considerando a este nervio vaso-motor como el eje principal de los fenómenos orgánicos, cuando que en realidad no hace sino traducir las modificaciones reflejas del aparato

de control y de regulación de toda la vida orgánica, es decir el sistema sensitivo.

El estudio de las corizas espasmódicas periódicas o aperiódicas, pone especialmente en evidencia lo expuesto. Lo mismo para el asma y los estados asma-tiformes equivalentes (traqueo bronquitis espasmódica etc.) valen las mismas consideraciones.

Estudiar en clínica, en la coriza espasmódica, por ejemplo, las manifestaciones del desequilibrio del aparato vaso-motor, las reacciones motrices y secretorias que les acompañan, es considerar un estado patológico y no la alteración funcional que le ha precedido, en otros términos, es tomar el efecto por la causa. Cuantos otros ejemplos tendríamos para demostrar los continuos errores de apreciación clínica...

Nosotros creemos que las manifestaciones clínicas y humorales son el resultado de una alteración funcional del sistema sensitivo orgánico.

Y en el ejemplo nuestro, las modificaciones humorales o celulares son reacciones secundarias. Ellas son la resultante y no la causa de la sensibilización en la coriza espasmódica.

Para terminar diremos: En el ejercicio científico de la medicina hay absoluta necesidad de individualizar, es estrictamente verídico que en su dominio no hay enfermedades sino enfermos.